

cedía Villa Real al Maestre de la Orden, don Juan González. Ni que decir tiene que los villarrealenses no hicieron caso de tal cesión, no sólo porque, conscientes de su derecho, habían jurado no ceder nunca a las ambiciones calatravas, sino por cuanto sabían que el pretendiente estaba comprometido en las luchas con su padre, lo que le impediría intentar hacerles deponer su actitud por la fuerza.

La historia de la Orden en aquella época aparece como concentrada en su lucha contra Villa Real, según pone de manifiesto uno de sus mejores cronistas: Rades de Andrada. El reinado de Fernando IV y la minoridad de Alfonso XI fueron perjudiciales para los calatravos, que vieron mermar sus posesiones. Pero en la mayor edad del último, el año 1329, el eterno pleito fue llevado al regio tribunal, y el monarca sancionó la sentencia por la que aquéllos obtenían la devolución de 18 lugares y aldeas, a más de indemnizárseles por los productos percibidos. No bastó esto, empero, para amenguar el odio calatravo. Siendo Maestre don Garci López de Padilla, famoso por su osadía, reanudaron los de la Orden su mala vecindad para los villarrealenses, quienes, ante ello, no vacilaron en abrir sus puertas a don Alonso de Mansilla, don Juan Ramírez y don Gonzalo de Mera, calatravos disidentes del Maestre, que les había recriminado su derrota frente a los árabes en Baena, y, acaudillados por don Juan Núñez, atacaron a los de la Orden, venciénolos en el famoso combate de *Malas Tardes*, junto a la villa de Miguelturra.

Las últimas manifestaciones hostiles entre la Orden de Calatrava y los realengos o villarrealenses fueron ya en tiempos de los Reyes Católicos, siendo Maestre don Rodrigo Téllez Girón, quien, ambicioso e iracundo, a pesar de sólo sus dieciséis años, declaró la guerra a la plaza y a los monarcas, diciéndose partidario de doña Juana *la Beltraneja*. Armó en Almagro un ejército de 2.000 infantes y 300 caballos, con los que atacó a la ciudad, que consiguió tomar, tras gran efusión de sangre. Los asaltados pidieron auxilio a los monarcas, quienes enviaron contra los calatravos un ejército, que había de vencerlos, mandado por don Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, y don Rodrigo Manrique, Maestre de Santiago. Estas derrotas, unidas a las luchas intestinas de la Orden, luchas derivadas de las ambiciones personales para conseguir el Maestrazgo, contribuyeron a la corrupción y debilitamiento de la misma. Isabel *la Católica* consiguió del Pontífice la incorporación de las Ordenes Militares a la Corona, «desmontando así estos temibles baluartes, armados siempre para turbar el reino y estériles ya para el bien». A partir de entonces, las costumbres de los religiosos fueron relajándose de día en día. No gustaban de la vida conventual, aspirando sólo a disfrutar de las rentas de rectorías y prioratos. Pío V anatemizó esta vida aseglarada, aprobando la reforma propuesta